

EVACUACION

Eduardo Cabezón Contreras
Capitán de Navío

FUTURO INCIERTO sería probablemente el título de la novela o película que relatara los acontecimientos de un Crucero de la Armada (CL. "O'Higgins") desde que se produjo en el Sur de Chile la doble catástrofe del terremoto-maremoto. Desde aquel día 22 de mayo de 1960, hasta ese domingo 5 de junio, habíamos navegado, zarpado, recalado, sin más previo aviso que el de unos pocos minutos...

Er an las 10:00 del 23 de mayo, cuando en Valparaíso llegó el mensaje: "Zarpe a las 10:30". Unas horas más tarde en Talcahuano, aún no sabíamos a donde nos enviarían. El segundo mensaje de comisión fue: "Zarpe inmediatamente a Coronel"; ya en Coronel, "urgente a Lota"; y luego a las inolvidables experiencias de la demolición de las casas más averiadas y el patrullaje nocturno.

Habían ya transcurrido los días que completan casi las dos semanas, cuando en una inesperada madrugada de domingo, el Vigilante de Oficiales informa agitadamente que habrá Llamada General en toldilla a las 08:00. Nuestros interrogantes cuerpos tuvieron que dejar temprano la confortable litera, para cumplir esta extraordinaria y extraña orden. En la ducha se oían mil conjeturas: "Nos vamos a Valparaíso"; "No", decía otro, "Zarpe inmediato a la zona de Chiloé, porque parece que ha ocurrido un nuevo hundimiento de la isla". En fin sólo quedaba esperar y escuchar los que se iba a decir.

"A causa de la inminencia del desborde de el lago Riñihue, el cual quedó cerrado por el deslizamiento de tres cerros, el Gobierno ha determinado el rápido traslado de los habitantes de Valdivia y de Corral, que pudieran ser víctimas de una gigantesca crecida del río Calle-Calle. Por lo cual la Armada debe acudir con todos sus recursos y en la forma más rápida, para evacuar a estos desafortunados valdivianos y corralinos. Para esto, el buque debe quedar en condiciones de transportar el máximo de pasajeros, y esto se obtendrá sólo con el sacrificio y cooperación de cada uno de nosotros, cumpliendo en la mejor forma en lo que se nos ordena. Para cumplir esta misión, primero deben quedar 350 hombres en tierra, de los cuales desembarcarán en Lota 58 y en Coronel 33; el resto lo hará en la Quiriquina, donde quedarán a las órdenes de la Segunda Zona Naval. A bordo tendrán que desocuparse completamen-

N. de la D. Los sucesos que conmovieron al país por los terremotos y maremotos del 21 y 22 de mayo de 1960 permitieron aquilatar la importancia del mar en la vinculación nacional y la capacidad de nuestra Armada para atender situaciones de emergencia que afectan a la ciudadanía.

En la situación vivida, el apoyo naval para la evacuación de civiles desde el área Corral - Valdivia a Valparaíso se materializó en una continua operación - rescate que duró varios meses, pues a los efectos directos de tales sismos se agregó posteriormente la grave situación provocada en Valdivia por el amenazante desborde del Lago Riñihue.

El autor, en ese entonces Subteniente de la dotación del crucero "O'Higgins", presenta este recuento histórico, mediante el cual, según sus propias palabras, "estimo expresar mis agradecimientos a esa querida Institución, que me acogió de diversos modos y que, aun de lejos, sigo admirando y queriendo de todo corazón".

te los cuatro entrepuentes de proa; es decir, los de la División "S" , 1a. 4a, 5a y 8a y Divisiones "C" y "K". Todo esto complementará una habitabilidad para 531 evacuados en literas y 105 en el suelo, más todos los camarotes de Suboficiales y de Oficiales de proa, con lo que se agregará habitabilidad para otras 166 personas, con lo que se completarán 697 acomodaciones, sin contar con las de emergencia, las que podrían armarse en los pasillos. Por lo tanto, todos los que vivan a proa, deben aclarar a popa, ya sea en literas de emergencia o en coyes y arreglárselas como mejor puedan"

Estas fueron las palabras del 2do. Comandante del CL. "O'Higgins", Capitán de Fragata Sr. Daniel Arellano McLeod, que resonaron extrañas, inesperadas, como un sorpresivo aluvión; pero al mismo tiempo llegaban impregnada con la seguridad y el convencimiento de que todo nos saldría bien.

Comenzó la maniobra del traslado de literas. El entusiasmo y la alegría reflejada en los rostros de cada uno de nosotros, era la fuerza vigorizante que nos impulsaba ahora a cumplir lo ordenado y más tarde todo lo que viniera.

- "Eh, tú, Carlos ¿Donde te vas a instalar?"

- "¿Yo? a la peluquería, en un confortable coy. ¿Y Tú?"

- "¡Ah! yo soy elegante, me instalo en la Cámara del Segundo, pero en el suelo".

Sólo los que tenían que desembarcar se sentían tristes por tener que dejar estos queridos fierros; pero llevaban en sí la seguridad de que en tierra serían útiles. Así dejamos a los de Lota y Coronel, zarpamos a la isla Quiriquina para desembarcar el resto, y a las 19,00 nos hallábamos en alta mar rumbo al desdichado pueblo de Corral.

Un súbito mal tiempo nos sorprendió a la recalada. El ploteo meteorológico, anunciaba la presencia de un gran sistema ciclónico que podría durar perfectamente 48 horas. Y fueron realmente dos días los que tuvimos que permanecer fondeados frente a Corral sometidos a dos fuerzas contrapuestas que equilibraban al buque en una posición no muy ventajosa. La corriente del río Valdivia y la de la fuerte marea-jada y viento de dirección Norte mantenían al buque atravesado y con un vaivén de violentos y periódicos balances, que difícilmente lograban dejar algo destrincado en pie.

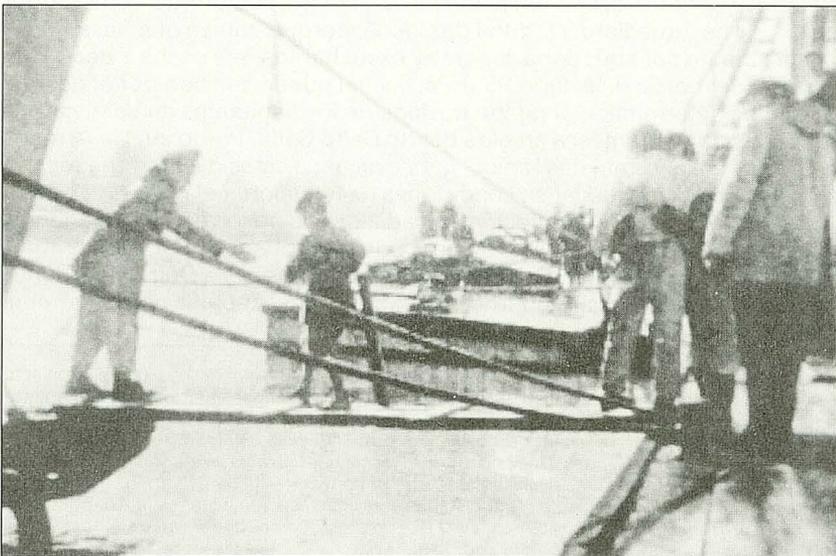
De la ciudad de Valdivia nos llegaban noticias sobre los evacuados, los que se habían instalado en la barcaza "Isaza" para ser traídos a Corral. Estos estaban constituidos en su mayor parte por niños y jóvenes estudiantes.

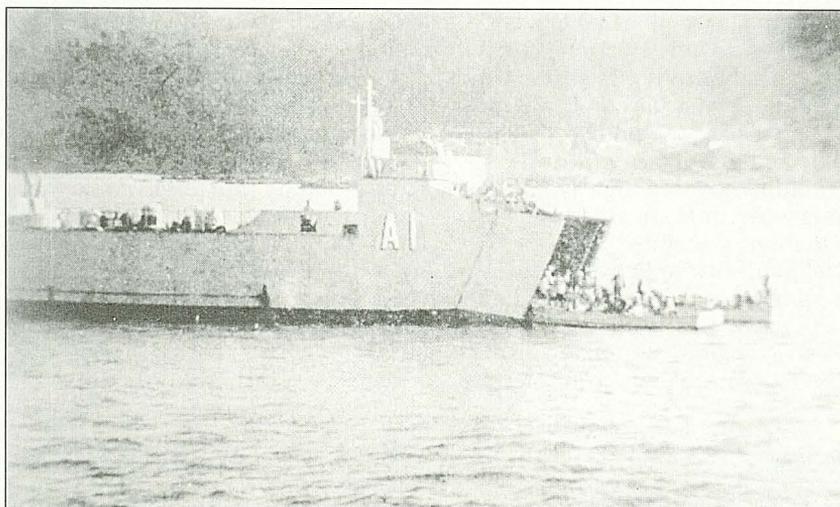
No obstante el mal tiempo tardaba la operación. Esto resultaba realmente insólito. Habíamos navegado a toda máquina para trabajar rápido y evacuar al máximo de personas en un mínimo de tiempo, pero los elementos de la naturaleza se unían nuevamente para que no se hiciera la voluntad del hombre. Fueron dos días largos y tediosos. Deseábamos ansiosamente tener a bordo a aquellos niños valdivianos que nos habían anunciado.

El segundo día, al mediar la tarde, veíamos recalar a Corral a la Barcaza "Isaza", la que traería consigo a los evacuados. A pesar de que el mal tiempo ya había pasado, quedaba aún su recuerdo con la

mar boba reinante. Era preciso embarcar aquellos niños y zarpar esa misma tarde, pero seguíamos de un lado a otro en un continuo y pesado balance. ¿Qué hacer? Eran las 18,30 y ya las oscuridades invadían el escenario de la bahía, cuando a la Barcaza "Isaza" le ordenaron embarcar a los evacuados y atracar al costado del Crucero. Era necesario probar hasta las últimas consecuencias.

Entre las luces de los buques fondeados en Corral se vio emerger la verde y la roja de la Barcaza se





aproximaba a buen andar. Después de una acertada maniobra, la "Isaza" quedó proa con proa, distante unos ocho metros. Las espías se encargaron de atracarla a babor del Crucero. Pero el balance no cesaba. El buque iba de una banda a otra con más fuerza que nunca. Se producía una escena conmovedora; el espacio interior de la Barcaza parecía repleta de figuras pequeñas de niños y niñas ellos en grupos de a tres, de a cinco y de a

diez, se agazapaban uno al lado de otro, como queriendo defenderse del peligro que se avecinaba. Lonas tendidas sobre la Barcaza los habían protegido de la lluvia y del granizo de la tarde. Ahora se hallaban frente a un espectáculo que seguramente nunca habrían de olvidar. A sus ojos llegaba la difusa figura de una mole, que los iluminaba con sus reflectores y que por momentos parecía echarles encima su pesado vientre de hierro. Los diferentes períodos de balances de ambos buques se unían para que el miedo se hiciera mayor aún. Cuando el grande balanceaba a babor, el pequeño lo hacía al lado opuesto, y se golpeaban duramente. Se oían llantos y quejidos; aquello parecía el fin.

El Comandante desde el puente de mando ordenó:

- "Que la "Isaza" se largue y espere órdenes".

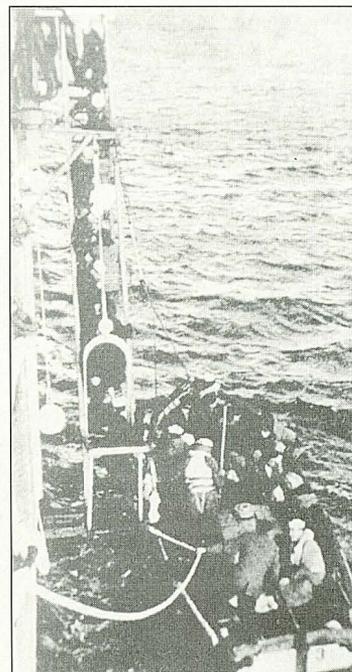
Se largaron espías y los dieseles de la "Isaza" empezaron a rugir. La Barcaza salió avante, dando golpes contra nuestra popa. No hubo caso. Tendríamos que esperar hasta el día siguiente. Esa noche los niños tendrían que dormir en los buques pequeños de la armada que se encontraban fondeados dentro de la bahía, más abrigados y protegidos de la ondulante marejada.

Al día siguiente, una mañana fresca y clara; cielo quebrado, azul y negro; nubes amenazadoras que a su paso descargarían seguramente su líquido contenido. A las primeras luces de la aurora de ese miércoles, se habían enviados motores del Crucero en busca de los evacuados. De a bordo ya veíamos el convoy formado por cinco motores y un barquito fluvial valdiviano, que ponían proa a nuestro buque. aún quedaba un resabio del mal tiempo, pero el embarque no se haría difícil.

Las guardias se habían distribuido los trabajos; una se encargaría de la maniobra de bozas y embarcaciones; otra tomaría la recepción de los evacuados; y la guardia apostada seguiría en su puesto. Además, una partida de enfermeros practicantes tomaría el control de los enfermos.

Sentíamos incertidumbre del resultado final de este primer viaje. No nos apoyábamos en nada. sólo en lo que la previsión y la imaginación del hombre podía dar. Esta era la primera experiencia de evacuación a gran escala.

Los motores se aproximaban y ya pronto estarían próximos a atracar al costado. Se veían lleno de niñas y niños con experiencia de frío y hambre. Subían lento y con mucho cuidado la escalera real. Al pisar cubierta, daban un suspiro de alivio y satisfacción por haber llegado bien, e instintivamente miraban a los que les seguían detrás. Se les hacía pasar a proa para luego distribuirlos con lo poco que habían logrado traer consigo. A los jóvenes se les instalaría en



los dos entrepuentes de más a popa; a las niñas en los de proa; los camarotes se dejarían reservados para grupos familiares que también se embarcarían.

El chubasco que se oteaba en el horizonte, ya se hacía presente en medio de la algarabía de niños, maletas y bolsos. En un momento la lluvia caía con fuerza, mojado despiadadamente a estos hijos del infortunio. Impávidos, no parecían reaccionar entre los fenómenos de la naturaleza. El Oficial de Guardia se encontró en la obligación de actuar militarmente:

- "Los pasajeros, subir rápido, moverse más. No queremos llegar con ningún enfermo de frío a Valparaíso. A ver, los sargentos y personal encargados de la recepción, llevarlos inmediatamente a los entrepuentes; que se mojen lo menos posible".

La organizada y pausada distribución de acomodaciones que se había trazado, se venía abajo. Comenzaba el desorden en los entrepuentes. Otra vez no habíamos tomado en cuenta aquel factor decisivo: la naturaleza.

Cercano al mediodía de ese 5 de junio, terminado ya el embarque, los grupos familiares, los jóvenes y niños se encontraban instalados cada uno en una litera con su respectivo colchón y un entrepuente

asignado para su alimentación.

El ambiente calefaccionado del interior del buque los había reanimado. Entre ellos hablaban de las impresiones que les causaba el buque, y de las vivencias de la noche anterior.

La juventud mostraba que frente al desastre, no se había amilanado; su aptitud reflejaba el optimismo, la alegría y el empuje de nuestra raza chilena. Nos encontrábamos con risas, gritos, movimiento, vida. Ellos eran allí la esperanza de nuestra patria desprevenida;

ellos serían la sangre nueva que le daría nuevo vigor. El destino de ellos estaba ahora en nuestras manos. Por eso creo yo que esta operación no fue una más de nuestro quehacer profesional. Ella nos llenaba también de optimismo y nos encaminaba a un destino común, radiante y lleno de alegría.

